

pende de nuestras propias acciones, la honra depende de la opinión ajena!.....

Jacobo forcejeaba como el lobo cogido en la trampa, para buscar una salida, y no hallándola, exclamó al fin rompiendo el freno de las formas, último que suele romper el más inepto de los diplomáticos.

—¡Política romana, con todas sus hipócritas bajezas y sus intrigas de sacristía!....

—¡Cuidado con lo que dices, Jacobo!—exclamó enérgicamente la Marquesa. ¡Mira que me autorizas a pensar, que tu política *bismarkiana* ocultaba alguna vileza!

—¡La tuya sí que oculta una intriga en que asoma la mano el P. Sifuentes!....

—¡La mano del P. Sifuentes?...—¡Pobre P. Sifuentes!.... La descubrirás tú sin duda, desde aquella montaña de Tai-Sam á que subiste hace poco.... Yo, como vivo en terreno llano, no la descubro.

Jacobo, golpeando con ambos guantes la tapa de la mesa, guardaba silencio. La Marquesa le preguntó al cabo, sin perder su serena calma:

—¿Con que decididamente no firmas?...

—No firmó,—replicó Jacobo con ira.

—Pues conteste, que si la reconciliación no se afecta, tú tienes la culpa: que tu mujer ha cedido cuanto es posible ceder, y tú...tú...tú mismo, por una obcecación bien sospechosa, destruyes todo lo hecho....

—Destruyo lo que tú ó ese bendito Sifuen-

tes habéis urdido; pero yo me entenderé con Elvira.....

—Es que Elvira no vendrá á Biarritz.

—Pues iré yo á buscarla.

¿A qué no vas?.....

—¡Pero, señor!—exclamó Jacobo exasperado. ¿Son estas las gentes timoratas?.....¿De dónde saca mi mujer esos aires de independencia?.....Nosotros no estamos separados legalmente, y la ley me autoriza para reclamar cuando quiera á mi mujer y á mi hijo.

La Marquesa se irguió entonces en su butaca, arrogante y amenazadora, desplegando por vez primera sus poderosas alas de águila. Con el puño cerrado dió un fuerte golpe sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—¡Inténtalo!...¡Atrévete!...¡Inténtalo, y en el momento en que des el primer paso, presenta ella ante esos tribunales una demanda de divorcio que te hunde por completo!.....

El aspecto, la voz, el enérgico desprecio de aquel reto, sobrecogieron á Jacobo por un momento: recobrando, sin embargo, bien pronto su audacia, replicó lleno de rabia:

—¡Que la presente si quiere!...—¿Dónde tiene las pruebas?.....

—¡En su poder las tiene...suficientes para alcanzar un divorcio: bastantes para hacer poner el capuchón....á cualquiera que lo merezca!

—¡María!

—¡Jacobo!...—¿Te habías pensado tú que por el solo hecho de ser buena, había de ser

tu mujer siempre mártir?.....La paciencia tiene un límite que marca á veces el decoro y ¡ay! de las zorras, el día en que las gallinas se cansen de ser gallinas!.....

La terrible indicación de la Marquesa amedrentó á Jacobo en medio de su aturdimiento y de su rabia, y quiso sondear si la existencia de aquellas pruebas era una mera amenaza.

—¡No se me asusta á mí con leones de paja! —exclamó irónicamente. Mi conciencia me dice que esas pruebas no existen y no creo en ellas.....

—Pues á ver si tus ojos convencen á tu conciencia,—replicó vivamente la Marquesa.

Y abriendo de un tirón el cojincillo del *secretaire*, mostró á Jacobo, desde lejos, un paquete de cuatro ó cinco cartas, diciendo:

—¡A fé que la letra de Rosa Peñarrón y la tuya propia, son lo bastante claras para que no necesiten en los tribunales de peritos que las reconozcan!

La sangre entera de Jacobo refluyó á su rostro, y por uno de esos brutales impulsos, con que en el hombre de la naturaleza y no de la civilización, se manifiesta el instinto, hizo además de arrancárselas á la dama. Mas ésta, veloz como el rayo, abrió de un solo golpe la ventana de cristales, y echando fuera el busto entero, y la mano en que tenía las cartas, gritó con gran fuerza:

—¡Moninal!...—¡Que te vas á caer!...No saltes más.....Mademoiselle, quite V. á la niña le cuerda.....

Y volviéndose después á Jacobo; un poco pálida, pero perfectamente serena, añadió sin abandonar la ventana,

—¡Creí que se mataba!...—¡Con estos diablos de niños no se gana para sustos!

Jacobo hab ase quedado aplanado en su asiento, y tartamudeó entónces;

—¿Tienes aquí á Monina?.....

—¿Pues no la había de tener?...—¿Quién me separa á mí de mi niña?...¿Tú no la conoces?...¿Quieres verla?.....

Y sin esperar respuesta, volvió á gritar desde la ventana:

—¡Mademoiselle!...—Traiga V. aquí á la niña.....

A poco entraba Monina seguida del aya, y corría á echarse en el regazo de su abuela, mirando á Jacobo con esa media sonrisa de los niños mimados, acariciados por todo el mundo, que parece decir al extraño: ¿Pero no me dice V. que soy muy bonita?....

Jacobo, aturdido por completo no le decía nada, intentando en vano adivinar por dónde habían llegado á manos de Elvira aquellas cartas, pruebas irrefragables de uno de los episodios más vergonzosos y comprometedores de su vida.

La Marquesa abrazaba á su nieta como hubiera abrazado al Angel de su guarda, dando gracias á Dios desde lo íntimo de su pecho, por haber dado á Jacobo el golpe de gracia con una espada de hoja de lata. Porque aquellos terribles papeles con que su presencia de

espíritu y su enérgica audacia, habían anonadado al farsante, eran simplemente tres ó cuatro cartas de sus administradores, que en el cajoncillo del *secrétaire* estaban guardadas. El hecho vergonzoso era cierto; mas las pruebas no existían, y muerta la Peñarrón, único cómplice, dos años antes, imposible era que Jacobo descubriese ya el engaño.

El astuto Antonelli había atado para siempre á Bismarck, con un hilo de araña.

Jacobo, sin hacer una sola caricia á la niña, despidióse friamente, y Monina le miró marchar, chupándose, con altivez de dama ofendida, tres dedos al mismo tiempo.

Aturdido todavía y lleno de saña, entróse precipitadamente Jacobo en el carruaje y dió orden al cochero de volver á Bayona, al Hotel de Saint Etienne, donde se habia apeado la vispera. Biarritz era demasiado pequeño para permanecer oculto, y evitar embarazosos encuentros con los emigrados alfonsinos y carlistas, que desde mucho tiempo antes poblaban todos los contornos, y los hombres políticos y medrosos de todo jaez, con que la caída de D. Amadeo y la proclamación de la República, engrosaban en aquellos mismos días el número de españoles dispersos.

El desengaño habia sido cruel, y tornábase de nuevo angustiada la situación de Jacobo, al ver hundirse todas sus ilusiones, dejando tan sólo en su ánimo zozobras y rencores terribles, que encendían en su corazón contra la Marquesa de Villasis y el P. Cifuentes, la rabia

implacable que siente el perverso, contra todo aquel en quien se ve forzado á reconocer el derecho de despreciarle.

De las heridas que el derrotado plenipotenciario de Constantinopla llevaba en el alma, ninguna escocía tanto á su vanidad, ninguna irritaba tanto su soberbia, como el que fueran sus vencedores una beata y un friale.

En el paroxismo de su furor, imaginábase estrangular algún día á la taimada Villasis, con el pañuelo á cuadros azules y amarillos del hipócrita Cifuentes.

FIN DEL LIBRO II.